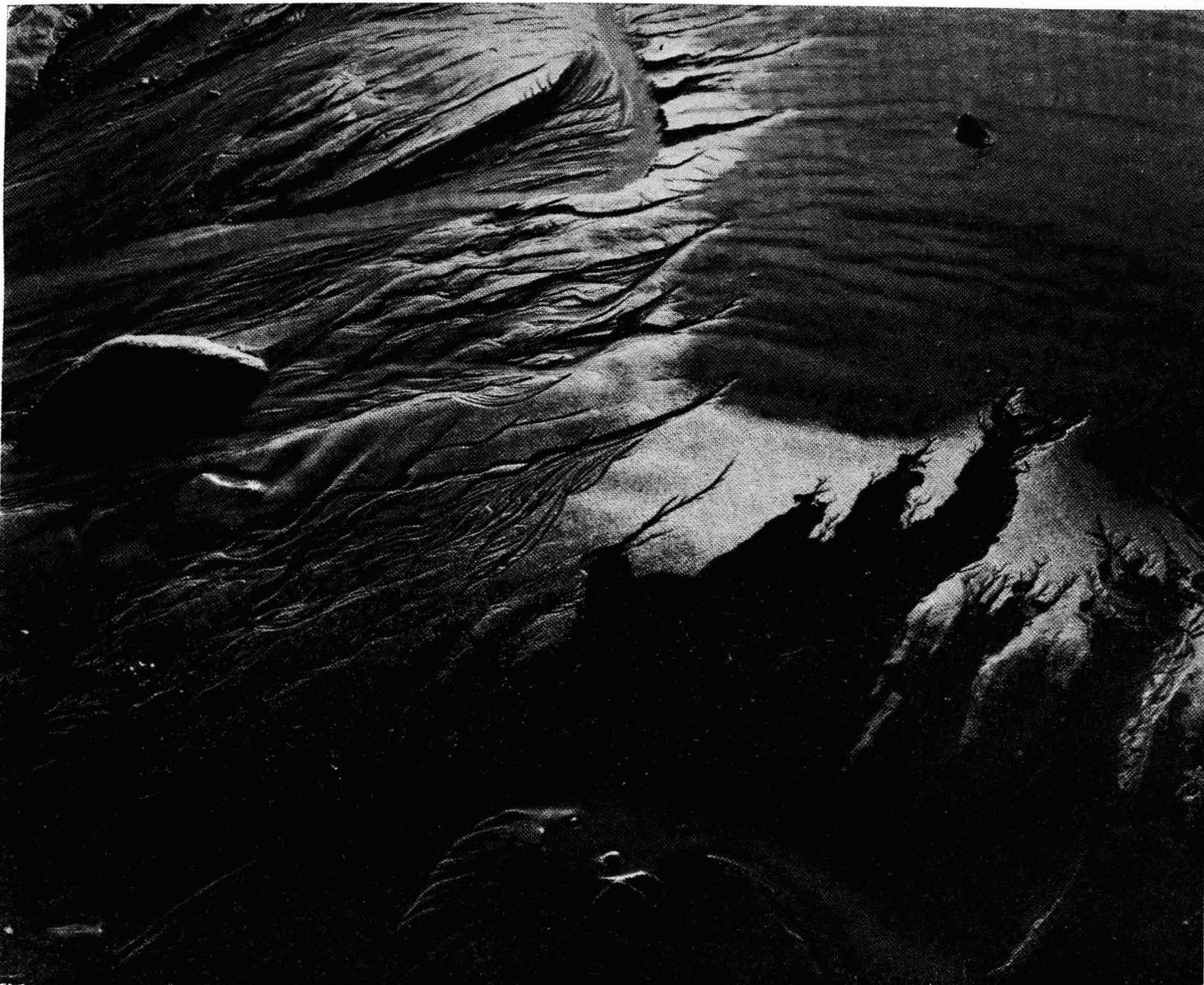


Mar y poesía



Mar y poesía. Poesía y mar. He aquí dos conceptos que se dirían, históricamente, inseparables. Nada tan viejo como el asociarlos; nada menos original que el presentarlos confundidos.

Pero tampoco hay razón para no combinarlos de nuevo. Aunque se trate de un mero pretexto para reunir unos cuantos poemas de origen y espíritu diversos, el pretexto continúa siendo válido. Y atractivo.

Hace unos años, empecé un esbozo de selección de imágenes marinas. Sin demasiado esfuerzo he proseguido la tarea, y al cabo, me encuentro con un pequeño libro. Éste será publicado en breve, por la Imprenta Universitaria, y bajo el título escueto de *100 imágenes del mar*. De sus páginas he tomado ahora las que siguen.

Me confieso responsable de las versiones. Paráfrasis, en el caso de Antípater de Salónica, cuyo *Epitafio del pesca-*

dor forma parte de la Antología Palatina. Georg Trakl, alemán y suicida, fue un torturado poeta de positivo genio. Marianne Moore, contemporánea estadounidense, ha realizado en su obra entera interesantes experimentos formales. D. H. Lawrence, demasiado conocido en sus novelas, resulta injustamente ignorado en sus aportaciones poéticas. La *Marea* de Antonin Artaud revela quizá uno de los ángulos más insólitos de este complejo rebelde. En cuanto a Henri Michaux, a últimas fechas dedicado a reseñar alucinaciones, no creo que tenga paralelo entre los poetas vivos de Francia. Todos ellos merecen, sin duda, un mayor reconocimiento; quiero pensar que lo obtendrán en cierta medida, a través de esta limitada y azarosa cosecha.

—Jaime García Terrés

ANTÍPATER DE SALÓNICA

EPITAFIO

Ni siquiera la tumba me protege del mar,
cuyos escándalos afligen sin tregua mis oídos
bajo esta peña solitaria.

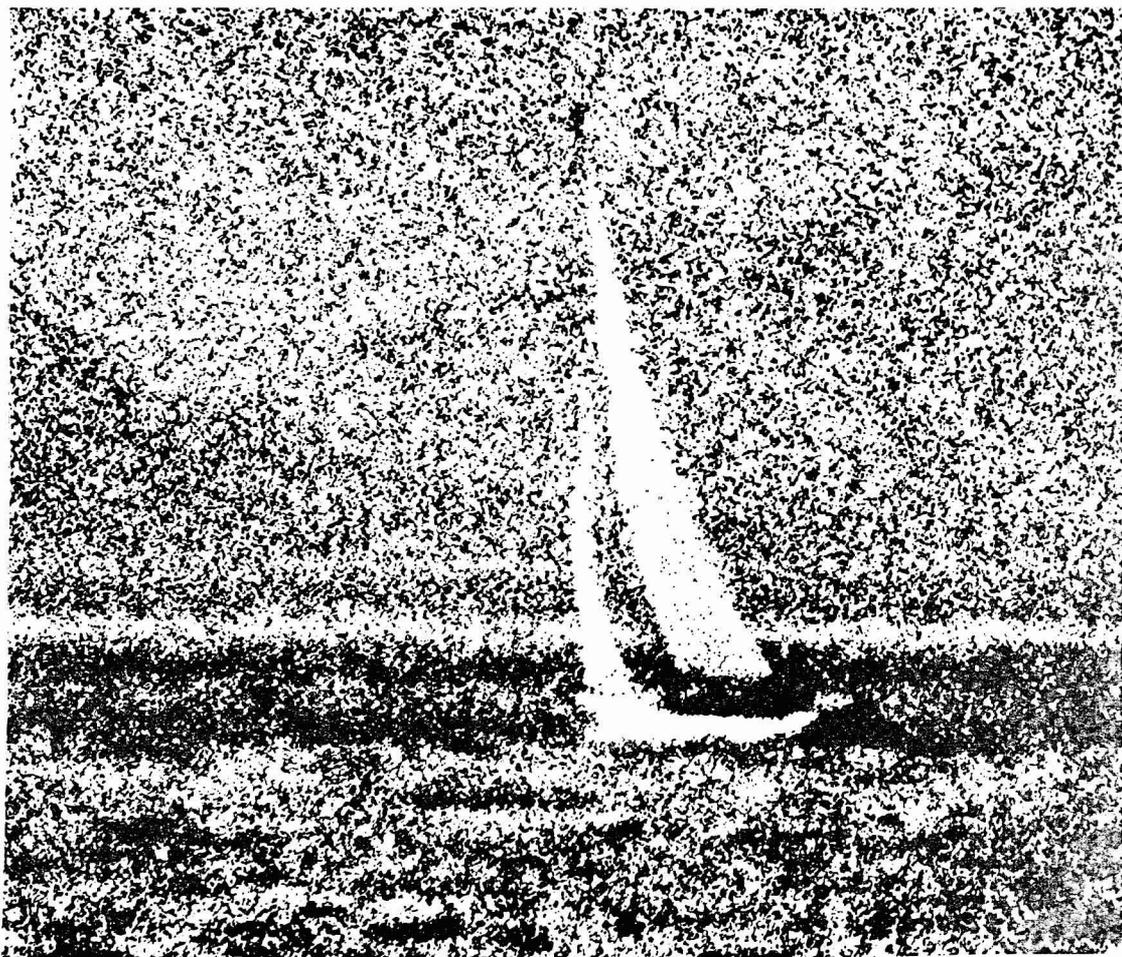
 Mi nombre
es Lysis, pescador y náufrago.
Aquí me sepultaron, de cara al asesino.
Inánime, padezco aún la misma furia
que me segó el aliento.
No buscaba tesoros el afán modesto de mi barca.
Nada más que la vida quise en el mar ganarme,
y en el mar encontré nada más que la muerte.



GEORG TRAKL

LAMENTO

Sueño y muerte, las águilas sombrías
 rondan esta cabeza mascullando
 la noche entera.
 El glacial oleaje de la eternidad
 cubre del hombre la dorada imagen.
 En riscos tremebundos estréllase el púrpúreo cuerpo.
 Y se lamenta sobre el mar la voz oscura.
 Hermana de las penas borrascosas:
 Mira hundirse una barca pusilánime
 bajo los astros,
 en el callado rostro de la noche.





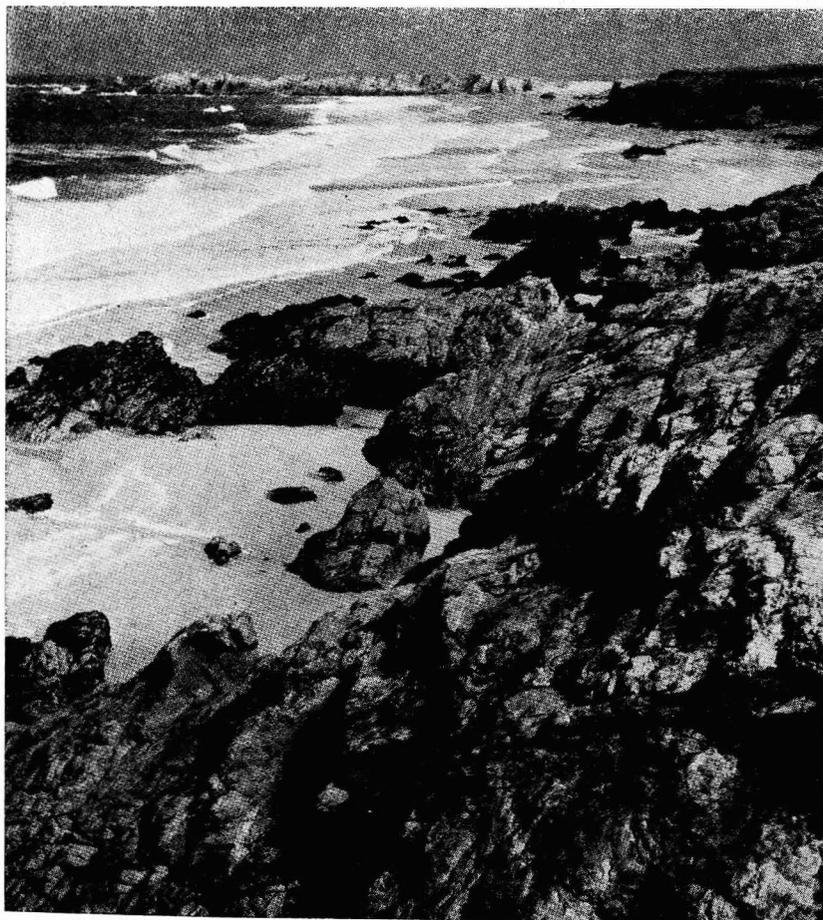
ANTONIN ARTAUD

LA MAREA

En el tirón sin fin de la marea
sin fin escucharemos las velas tumescentes,
los arcanos rumores que invaden la tiniebla
con la palpitación de estrellas expandidas.

Ese viento que silba en la caverna de diamante
donde vira el cristal de un bosque de madreporas
revolverá en el débil umbral de nuestros poros
el esmalte imprevisto de otro cielo.

Plántese aquí mi pluma policroma
para inscribir en vuestras caras cintilantes,
espejismos del mar, el signo que os otorga
la libertad en las dehesas de mi sangre.



MARIANNE MOORE

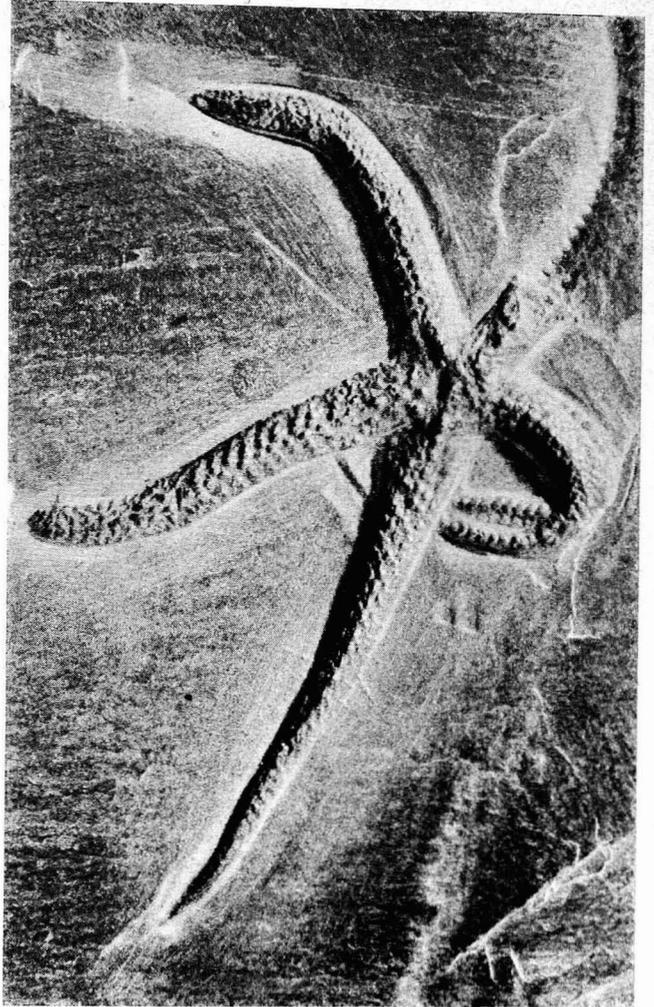
TALISMÁN

Bajo un mástil astillado
que de la nave arrancado
junto a su casco brota,

un pastor dando traspies
halló enterrada una vez
una cierta gaviota

de lapislázuli, al par
escarabajo del mar,
con las alas tendidas —

dedos de coral rizando,
con el pico saludando
sombras de antiguas vidas.





D. H. LAWRENCE

MANÁ DEL MAR

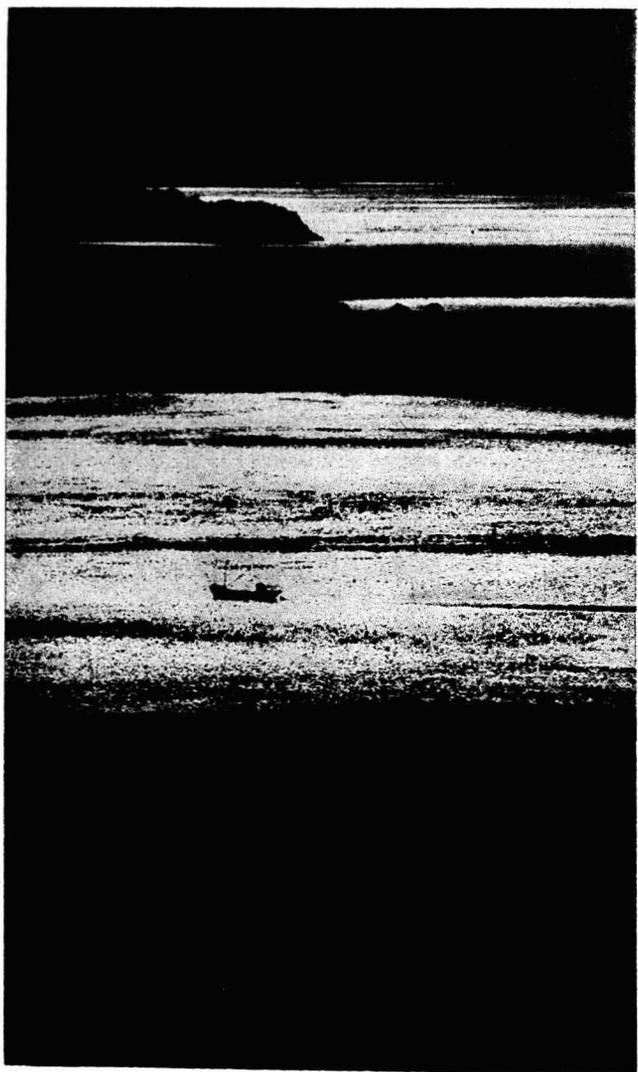
¿Miras el mar, quebrándose a pedazos contra las islas
y aún sin una grieta, el magno mar igual?

¿Me ha contagiado él
esta marea de mis brazos
que rápida descende a flor de mis muñecas, y se rompe
allá en mis manos, como lo hacen las olas en la roca viva?

¿Tamañas marejadas
arrasan mis muslos
y envuelven las hundidas islas de mis rodillas
con gran vigor, vigor del mar
vigor del mar
para estrellarse contra el suelo
en los llanos escollos recurrentes de mis pies?

¿Y es el océano
de mi cuerpo un océano
cuyo poder fluye a las playas de mis brazos
y estalla en espumosas manos; cuyo poder extiéndese
al oleaje blanco de mis pies de sal?

¡Yo soy el mar, yo soy el mar!



HENRI MICHAUX

ICEBERGS

Icebergs, sin pretil ni cintura, donde viejos mergos abatidos y las almas de los marineros ha poco muertos llegan a acodarse en las noches embrujadoras del hiperbóreo.

Icebergs, Icebergs, catedrales sin religión del invierno perpetuo, ataviadas con el casco glacial del planeta Tierra.

Qué altos, qué puros son tus bordes procreados por el frío.

Icebergs, Icebergs, espaldas del Noratlántico, augustos Budas congelados sobre mares que nadie contempla. Faros cintilantes de la Muerte compacta, el extraviado grito del silencio dura siglos enteros.

Icebergs, Icebergs, solitarios sin necesidad, de aquellos países ocultos, distantes y libres de plagas. Parientes de las islas, parientes de los manantiales, cómo os siento, cómo me sois familiares . . .

